

yan desarrollado idénticamente en Oriente y en Occidente sin que haya habido relación entre ambas religiones. ¿No es probable que el cristianismo tomase algo del buddhismo, del mismo modo que tomó de otras tradiciones religiosas y de las especulaciones filosóficas de la antigüedad? (1).

§ V.—Apreciación del buddhismo.

N.º 1.—El ateísmo.

Los escritores cristianos rechazan el parentesco que decimos existe entre el buddhismo y el cristianismo. Si se les oye, solamente el comparar las dos religiones sería un sacrilegio: «Comparado con el cristianismo, dice *M. Barthélemy Saint-Hilaire*, el buddhismo no es nada, ó más bien inspira horror» (2). ¿Cuál es la razón de tan profundo desprecio? El gran crimen que se imputa al buddhismo es el ateísmo. Se ha abusado mucho de esta censura. Los paganos acusaron á los cristianos como ateos porque negaban los dioses del paganismo. Los católicos lanzan hoy la acusación de ateísmo contra todos aquellos que no creen en la divinidad de Jesucristo. Estos excesos deberían aconsejar más prudencia y más reserva á los historiadores filósofos. *Voltaire* dice muy acertadamente que ningun gobierno fué nunca ateo ni lo será jamás, y que una cosa es ignorar la noción de Dios y otra cosa es negar-

(1) Tenemos la satisfacción de ver confirmada por la autoridad de un sabio indianista la opinión que hemos emitido en la primera edición de estos *Estudios*. *CH. WEBER*, en su *Discurso sobre los últimos resultados de los trabajos concernientes á la India* (*Revue Germanique*, t. II, p. 297), dice: «La gran semejanza que existe, bajo más de un concepto, entre el culto y los ritos cristianos y los del buddhismo, no puede explicarse más que por la influencia de este último, porque es demasiado exacta, y no es posible creer que cosas tan idénticas se hayan producido independientemente. Tales son el culto de las reliquias, las campanas en las iglesias, la clausura de los monjes y religiosas, el celibato, la tonsura, la confesión, el rosario.»

(2) *Journal des Savants*, 1857, p. 347.

la (1). Tratemos de examinar, bajo este punto de vista, el ateísmo de la doctrina buddhista.

Hagamos notar ante todo que los indianistas no están acordes. Los orientalistas franceses más eminentes y en mayor número no dudan en decir que la primitiva enseñanza del buddhismo fué absolutamente atea, y que los pueblos buddhistas son pueblos ateos (2); al paso que los Alemanes y los Ingleses sostienen que los buddhistas reconocen un Sér completamente bueno é inteligente (3). Los adversarios mismos del buddhismo confiesan que en ninguno de sus monumentos se encuentra rastro de una polémica directa contra la idea de Dios: léjos de esto, dicen, *Buddha* admite todo el panteón de las supersticiones indias (4). No puede, pues, decirse con exactitud que los pueblos buddhistas son ateos; se encuentra en ellos la noción de un Dios supremo (5). Pero hay otra cosa averiguada, y es que la idea de Dios no entra para nada en la predicación de *Buddha*, tal cual nos la dan á conocer los libros canónicos de los buddhistas.

Nos encontramos, pues, con que el fundador de una religion poderosa guarda silencio acerca de una creencia que, á nuestro parecer, es la esencia de toda concepción religiosa. Sin embargo, del silencio á la negación hay una distancia inmensa, y nada nos autoriza para hacer inducciones tan peligrosas como inseguras. El carácter de la *buena ley* explica este vacío singular. *Buddha* no se presenta como revelador de una religion nueva; predica una ley moral, es decir, una ley esencialmente práctica; para nada entra en esto la especulación. No tiene, pues, que ocuparse de la idea de Dios. Indudablemente, si hubiera querido reformar la teología de los brahmanes, hubiera tenido que empezar por esta-

(1) *VOLTAIRE*, *Fragments sobre la India*, art XXII; *Diccionario filosófico*, en la palabra *Atheisme*.

(2) *BURNOUF*, *Introd.*, p. 520, 521.—*B. SAINT-HILAIRE*, en el *Journal des Savants*, 1855, p. 243 y 254.

(3) Esta es la opinión del primer revelador de los libros canónicos del buddhismo, *HODGSON* (*Journal des Savants*, 1831, p. 724) y de *VON BOHLEN*, *Dissertation sobre el origen del buddhismo*, p. 14.

(4) *B. SAINT-HILAIRE*, *Memoria sobre el Sankhya* en las *Mémoires de l'Académie des sciences morales*, t. VIII, p. 499.

(5) *LASSEN*, t. II, p. 1084.

blecer su teodicea. Pero no era este su objeto. Dejó la noción de Dios en el mismo estado en que la había encontrado. Y la teodicea brahmánica ¿qué era? El panteísmo. Podemos, pues, admitir con *Rémusat* que la doctrina del buddhismo era el mismo funesto error que se encuentra en todos los filósofos y en todas las sectas de la India (1). Esta creencia no es la nuestra; la rechazamos porque absorbe la individualidad humana en el Sér universal; nuestra convicción es que, aún cuando la misión de los hombres es aproximarse continuamente á Dios, nunca se confundirán con él. Pero, aún cuando rechazamos el panteísmo, cuidaremos de no confundir á los panteístas con los ateos; en el panteísmo se puede fundar una religion, al paso que ateísmo y religion son dos ideas que se excluyen.

N.º 2.—*El nirvána.*

Siendo falsa la concepción buddhista de Dios, es imposible que la del destino humano sea cierta. Comprendemos que el *nirvána* de los buddhistas tenga tan mala fama como su ateísmo. La salvación final, tal como Buddha la concibe, se deduce lógicamente de la noción de la vida; esta noción no es peculiar del buddhismo: «Hay una idea fundamental, dice *Burnouf*, común al brahmanismo y al buddhismo, y es que el universo, lo mismo que los seres individuales que forman su conjunto, nace, se desarrolla y muere para volver á nacer, por una sucesión no interrumpida de creaciones y de destrucciones.» En cada una de estas existencias el género humano, lejos de progresar en ciencia y en moralidad, se deprava gradualmente. Ninguna ley providencial preside á las creaciones y á las destrucciones del mundo; son obra de una fatalidad inconcebible. Esta concepción de la vida era poco más ó ménos la de toda la antigüedad, exceptuando el mazdeísmo y el mosaísmo.

Pero el pensamiento de un renacimiento eterno solamente dominó á los Indios. Los Griegos y los Latinos no pensaron en

(1) RÉMUSAT, *Misceláneas póstumas*, p. 185, s.

ello; les agradaba la vida y se inquietaban muy poco por el otro mundo. Por el contrario, los Indios no tenían más que una idea fija, la necesidad de renacer incesantemente. Reflexiónese un momento en la desolación de una vida comprendida de esta manera: es el infierno de los cristianos, porque es la eternidad del mal; y nadie puede escapar de este infierno; los dioses mismos tienen que bajar á él. Seguramente, si los condenados pudieran desear algo, preferirían la nada á una eternidad de tormentos. No nos admiraremos, pues, de la gran preocupación de los Indios por escapar de la vida aún á costa de perder su personalidad.

Pero, si bien comprendemos el afán de los Indios por librarse del mal de la vida, es muy difícil formarse idea precisa del estado del alma que ha logrado evitar el renacimiento. Los buddhistas lo llaman *nirvána*; pero ¿qué es el *nirvána*? Los indianistas franceses dicen que es el aniquilamiento completo, no sólo de los elementos materiales de la existencia, sino también, y principalmente, del principio del pensamiento (1). Los escritores alemanes, cuyo genio simpatiza más con el panteísmo indio, dan del *nirvána* una interpretación más favorable; según ellos, es una existencia definitivamente exenta de toda manifestación; es, pues, la cesación de la existencia tal como los hombres la conocen, pero no es la nada (2). No podemos decidir entre estas opuestas opiniones. Nos contentaremos con hacer observar que Buddha no ha dicho nunca el sentido que daba al *nirvána*; todo lo que promete á sus discípulos es librarlos de la ley fatal del renacimiento; pero ¿qué será del hombre una vez salvado? Sobre este punto no se cita una sola palabra de Buddha. Si ha guardado silencio sobre una cuestión tan capital, probablemente tenía para ello muy buenas razones; ¿será que no tenía la pretensión de explicar lo que es inexplicable? Ha habido en Grecia un sabio, grande entre los grandes: Sócrates, interrogado por su auditorio acerca del estado del alma en el otro mundo, contesta que lo ignora, pero que el alma encontrará en él dioses justos y buenos. ¿Saben más sobre

(1) BURNOUF, *Introducción*, p. 18, 19, 521, 522, y *Apéndice*, nota 1.—BARTHÉLEMY SAINT-HILAIRE, en el *Journal des Savants*, 1855, p. 54-59.

(2) SCHOTT, *über den Buddhismus*, p. 170.—VON BOHLEN dice que el *nirvána* es la unificación.

este punto el cristianismo y la filosofía? Indudablemente los cristianos y los filósofos no hacen consistir la salvación en el no ser; afirman, cada uno á su manera, que la individualidad humana es indestructible. Los Indios no tienen este vivo sentimiento de la personalidad; es incompatible con el panteísmo. Pero de que carezcan de esta convicción, de que conciben á Dios y al hombre de diferente manera que nosotros, ¿debemos deducir que la salvación final á que aspiran es la nada absoluta? Debemos responder que nada sabemos; y nos parecen muy temerarios los indianistas que pretenden saber mejor que Buddha mismo el pensamiento de éste. Cuando el maestro ha creído conveniente no manifestar su opinión, lo mejor que podían hacer los que quieren dar á conocer su doctrina al cabo de tres mil años, sería imitar su prudente reserva.

Una cosa nos llama principalmente la atención en este oscuro debate, y es que los cristianos y los filósofos que se llaman cristianos se atreven á criticar amargamente el *nirvána* budhista. ¿Ha hallado acaso el cristianismo la solución de este problema insoluble? Está tan lejos de ello que, si tuviéramos que escoger, daríamos la preferencia al budhismo. Buddha aspira á salvar á todas las criaturas, y confía en salvarlas; su caridad se hubiera horrorizado ante el pensamiento de condenar á la inmensa mayoría del género humano á un mal sin fin. Esto es, sin embargo, lo que los teólogos y los pensadores cristianos hacen decir á Aquél á quien adoran como Hijo de Dios! El que tiene la desgracia de creer en el fuego eterno del infierno, tiene poco derecho á censurar el *nirvána* budhista: si profesáramos tan espantosa creencia, dirigiríamos al Topoderoso nuestras oraciones pidiéndole que su bondad destruyese á los desgraciados condenados, si es que su justicia no le permite salvarlos. La salvación final de los elegidos, tal como la conciben los cristianos, ¿corresponde al ménos á las esperanzas y á las aspiraciones del hombre? ¿Quedaría satisfecho su corazón cuando en la mansión celeste contemple condenados á aquellos á quienes ha amado? ¿Cómo se compensa este horrible espectáculo? ¡Por medio de la visión beatífica! Tengan la bondad de definir esa visión de los bienaventurados. De ser algo, es una existencia puramente contemplativa: ya no hay acción, ni varia-

ción; eterna inmovilidad. ¡No puede ser mayor el parecido con el *nirvána* budhista! Es verdad que los elegidos conservarán la conciencia de su personalidad; pero ¿es seguro que serán felices, y que no echarán de ménos su vida de sufrimientos en medio de una existencia cuya uniformidad, ó hablando más claro, cuyo fastidio acabará por disgustar á los beatos más intrépidos?

N.º 3.—*Preexistencia y trasmigración.*

Comparado el budhismo con la doctrina cristiana suscita dificultades más graves. Los filósofos franceses rechazan el dogma de la preexistencia. No es este el lugar de discutir el gran problema del destino del hombre: tocamos á él porque nos hace falta para apreciar la doctrina budhista. En primer lugar observemos que la creencia en una vida anterior á la de este mundo, no es peculiar de los budhistas ni aún de los Indios. Ya que esta es cuestión de filósofos, recordáremos que Platon, el divino Platon, creía en la preexistencia, y que confesaba que este dogma era de gran importancia en su teoría de las ideas; es decir, en la doctrina fundamental del filósofo griego. Una creencia que cuenta á Platon entre sus adeptos merece ya alguna consideración; no se la puede desechar desdeñosamente, aún cuando los Indios y los budhistas la hubiesen mezclado con algunos errores.

«El budhismo, se dice, ofende la persona humana, desconociéndola en su naturaleza íntima y en su esencia. Olvida, suprime, destruye la libertad, que es su carácter eminente. El hombre obra toda su vida bajo el peso de sus existencias anteriores. No se le castiga por el mal ni se le recompensa por el bien que actualmente hace, sino que paga la deuda de una vida pasada que ya no puede modificar. No es libre ni aún para escoger el medio de salvación que le predica la *buena ley*; porque su resistencia á esta ley salvadora puede ser el castigo de faltas anteriormente cometidas» (1). ¡Extraña obcecación de una filosofía preocupada con las

(1) B. SAINT-HILAIRE, en el *Journal des Savants*, 1855, p. 244.

ideas cristianas! Se dice que destruye la libertad un dogma que es la prueba más notable de la libertad. La creencia budhista supone que las condiciones de la vida actual son una consecuencia rigurosa de nuestra vida anterior, puesto que el hombre recibe en ella el premio ó castigo de sus acciones pasadas. Ahora bien: la recompensa y el castigo ¿no suponen la libertad? ¿no se castiga al hombre por haber hecho mal uso de su libertad? ¿no se le recompensa por haber usado bien de ella? Si había libertad en su vida anterior, ¿por qué no la ha de haber en su vida actual? El que sufre un castigo ¿no puede enmendarse y merecer premio en otra vida futura? luego es libre. Los brahmanes mismos lo han creído, puesto que prometen al sudra que renacerá en la casta sacerdotal, si lo merece. El buddhismo va más léjos: no aplaza la recompensa para la vida futura, la realiza ya en este mundo, puesto que ofrece la salvacion lo mismo á los sudras que á los brahmanes. Hay, pues, una cadena continua de recompensas y de penas, segun el buddhismo; luego el hombre no carece de libertad ni por un momento.

La preexistencia va íntimamente unida á la trasmigracion. No vamos á tomar la defensa de la trasmigracion á través de los animales; pero harémos observar que este error no es particular del buddhismo: creían en él los Indios y los Egipcios; era la doctrina de Pitágoras y de Platon. Si los Indios han hecho extensiva la trasmigracion hasta las cosas inanimadas, esto consiste en que á sus ojos no hay objetos sin vida, puesto que todo cuanto existe se confunde en el Sér universal. Pero, si la creencia del buddhismo es errónea, ¿es acaso una verdad absoluta el dogma cristiano? Repetimos que en ciertos puntos la doctrina budhista es superior á la teología cristiana. ¿Cómo explican los padres de la Iglesia los malos instintos que acompañan al hombre desde su nacimiento? ¿Cómo explican las condiciones favorables ó desfavorables en que nace el hombre, las cuales pueden ayudar ó dificultar su desarrollo moral? No tienen más que una explicacion, el pecado original. Pero el pecado original, áun admitido, no explica la desigualdad de las condiciones humanas; la libertad tampoco sirve de explicacion, puesto que la desigualdad es original. El dogma del buddhismo, ese dogma que se dice ofensivo á la esencia de la na-

turalidad humana, es el único que da una explicacion aceptable para la razon.

Hasta la trasmigracion, por absurda que sea, tiene un elemento de verdad que la hace superior al dogma cristiano. El cristianismo enseña que nuestra existencia termina en esta tierra, y decide de nuestra suerte para toda la eternidad; al cabo de una vida de algunos años ó de algunos momentos, somos condenados ó premiados para siempre. En nuestra opinion, este dogma es tan absurdo respecto de los elegidos, como respecto de los condenados. El desarrollo sucesivo y progresivo es una ley de la creacion: ¿ha de haber una excepcion únicamente para el hombre, cuando se trata de su salvacion final? ¿pasarán los unos súbitamente de un estado de imperfeccion á un ideal de perfeccion? ¿no queda recurso á los otros para perfeccionarse? La conciencia moderna se subleva contra la creencia cristiana; los espíritus más religiosos, los más eminentes, la rechazan hasta en el seno mismo del cristianismo; creen que la vida del hombre debe ser sucesiva y progresiva, como la existencia de todos los seres. ¡Pues bien! la trasmigracion budhista responde, al ménos en parte, á estas aspiraciones. No fija para toda la eternidad el destino humano despues de esta corta existencia; admite existencias infinitas y, por consiguiente, hace posible que todo hombre se salve: si el buddhismo se ha engañado acerca de la salvacion final y de las pruebas que han de imponerse al hombre, consiste en que estaba dominado por la falsa idea del panteísmo y de la fatalidad de las creaciones y de las destrucciones del mundo: le faltaba, para no equivocarse, la nocion de Dios y del progreso.

N.º 4.—*Consecuencias morales de la doctrina budhista.*

Si fuéramos á juzgar el buddhismo segun las deducciones rigurosas de la lógica, habríamos de condenarle, tanto en sus consecuencias como en su principio, de la misma manera que el panteísmo debe ser reprobado, tanto como doctrina moral, cuanto como doctrina metafísica. Siendo falso el concepto de Dios, todo el buddhismo ha debido resentirse de este defecto. En vano prescri-

be la caridad y la humanidad; estas virtudes no son más que grados inferiores que conducen á una perfeccion mayor, y esta perfeccion es la destruccion de la actividad humana. Así la religion de Buddha, áun cuando se asemeja por sus tendencias al cristianismo, arrastrada por el principio panteista que la domina, se ha perdido, lo mismo que las otras religiones de la India, en las extravagancias del quietismo (1). La distincion de lo justo y de lo injusto, del bien y del mal, no existe para el que ha llegado al más alto grado de perfeccion: «Para el asceta, un enemigo ó él mismo, su mujer ó su hija, su madre ó una prostituta, todo es lo mismo» (2). ¿Qué ha de ser la moral en semejante sistema? Lo ménos malo que resulta de aquí es un profundo egoismo: «El mundo á que aspira el asceta le separa completamente del mundo en que vive; ¿para quién puede servir su santidad, si hay santidad, más que para él mismo?» Verdad que el número de ascetas será siempre poco considerable; pero basta la preocupacion de la salvacion para inspirar á todos los creyentes este mismo egoismo que afea hasta la santidad: «La salvacion es puramente individual; aísla por completo al hombre. Cuanto más se preocupa de ella, tanto más se aleja de sus semejantes, á los cuales por lo ménos olvida, si es que no llega á despreciarlos y á huir de ellos. Así es que los religiosos, que constituyen como la milicia del buddhismo y sus más perfectos campeones, son extraños á la sociedad que los alimenta. Creen practicar la virtud, cuando en realidad no practican más que un incesante egoismo que se oculta y se robustece entre las más rudas austeridades y el más orgulloso desprendimiento» (3).

Perfectamente dicho. Pero nos ocurre preguntar si el filósofo cristiano, cuyas palabras hemos copiado, ha querido hacer la sátira del cristianismo ó la crítica del buddhismo. ¿No ha tenido el cristianismo, no tiene áun sus ascetas y sus monjes, que huyen del mundo para entregarse en la soledad al cuidado de su salvacion? ¿No ha sido glorificada siempre su existencia, como la rea-

(1) B. SAINT-HILAIRE, en el *Journal des Savants*, 1855, p. 56, s.

(2) La pluma se resiste, dice Burnouf, á transcribir doctrinas tan miserables (Introduccion, p. 558).

(3) B. SAINT-HILAIRE, en el *Journal des Savants*, 1855, p. 122.

lizacion de la perfeccion evangélica? ¿Y á quién aprovechan sus penitencias y sus austeridades? Así, pues, las censuras dirigidas al buddhismo recaen directamente sobre la esencia misma del cristianismo. Hay más. El ideal de los monjes cristianos es más falso que el de los monjes buddhistas. Buddha ha predicado el desprendimiento, pero no ha dicho á sus religiosos que renuncien á los lazos de la familia, que él mismo respetaba mucho; al paso que los discípulos de Cristo reniegan padre y madre, y se encierran vivos en su santo egoismo. Es falso, completamente falso, que Buddha, al predicar la *buena ley* y el *camino de salvacion*, haya enseñado á sus discípulos el egoismo: si algo se le puede criticar es que la caridad, como él la entió, exagera la abnegacion hasta la destruccion de la personalidad. Por lo demas, sería muy fácil encontrar lecciones, no de egoismo, sino de odio, en los más santos personajes del cristianismo. ¿Qué era la caridad cristiana respecto de los judíos, los herejes y los infieles? ¿Se convertía en odiosa persecucion, en inquisicion y en hogueras, ó en una guerra á muerte! Compárese la tolerancia constante, invariable de los buddhistas con el furor que animaba al celo cristiano, mientras aquel celo tenía vida, y dígase dónde se encuentra la verdadera caridad, la verdadera abnegacion, el verdadero sacrificio de todo sentimiento personal.

N.º 5. — *Influencia individual y social del buddhismo.*

La *buena ley* es esencialmente una ley moral. Se pretende que la moral buddhista está viciada en su esencia, porque no se funda en la regla del deber, sino en la esperanza de una recompensa, lo cual la reduce en definitiva á un cálculo de interes bien entendido: «En vano pregona esta moral, dicen, el sacrificio y la abnegacion: en el fondo es mezquina é interesada. El *nirvána* es la recompensa ofrecida á todos los esfuerzos del hombre, y este nunca obra sin tener en cuenta la remuneracion que le espera. Esto basta para falsear toda la moral. Si el hombre no ve en la salvacion eterna más que una recompensa, su virtud no es más que un cálculo; y, como no hay nada más movable y variable que el interes, se en-

cuentra el hombre en un terreno en que por fuerza ha de dar pasos en falso» (1).

Aplaudimos esta crítica de todas véras; pero, ¿va dirigida al cristianismo ó al buddhismo? ¿No promete el cristianismo una recompensa á sus elegidos? ¿El objeto de la vida terrestre no es exclusivamente, á los ojos de los verdaderos cristianos, merecer esta recompensa? ¿No se llama esto *ganar el cielo*, es decir, hacer un gran negocio, renunciando á algunos bienes perecederos para conseguir en cambio una eternidad de felicidad? ¿No tenemos innumerables donaciones, provocadas y dictadas por la Iglesia, en las cuales se explica la cosa con toda claridad? El donador cede sus bienes á un santo para comprar su proteccion cerca de Dios, y para obtener por su poderosa intercesion la felicidad eterna, y á veces hasta algun bien de este mundo. Éste es el contrato en toda su sencillez. Ahora bien, lo que en la Edad Media se decia ingénuamente, en el siglo XIX se practica todavía. Esto no quiere decir que la piedad sea un cálculo en todos los cristianos. A medida que el hombre se eleva en moralidad, el principio del deber vence al de la recompensa. Pero se puede decir que toda doctrina que presenta como ideal y como último término de nuestros esfuerzos una felicidad perfecta, favorece el cálculo, ya que no lo provoque. No hay más que un medio de acabar con esta moral interesada, y consiste en atribuir otro fin al hombre y otro término á su destino, diferentes de una felicidad imaginaria é imposible; y no conocemos otro que el desarrollo progresivo de sus facultades. En esta teoría no hay que hacer negocio, porque el cálculo, léjos de conducir á la perfeccion, sería un obstáculo.

Los adversarios del buddhismo convienen en que, á pesar de los defectos de su moral, ha ejercido sobre los individuos una influencia favorable: la santa existencia de los peregrinos chinos es un testimonio que no se puede poner en duda. Pero le niegan toda influencia sobre las sociedades y sus gobiernos: «Ha fracasado, dicen, en la India, donde nació; y en los países en que se ha refugiado no ha logrado reformar las costumbres políticas. No ha arrancado á la China de su aislamiento voluntario, de su espíritu

(1) B. SAINT-HILAIRE, en el *Journal des Savants*, 1855, p. 121.

exclusivo, de su odio al extranjero. El estado social de la Indochina es todavía más desfavorable al buddhismo. La religion misma ha degenerado allí en un ceremonial completamente material; las poblaciones continúan medio salvajes; en ninguna parte se desprecia tanto la vida de un hombre, al paso que se evita el matar un animal como el mayor de los crímenes. En el Tibet existe el triste ideal de una sociedad buddhista: es una sociedad de monjes contemplativos, para los cuales no existe el mundo, y que han olvidado hasta la caridad de su maestro. Y es que el buddhismo entumece en lugar de desarrollar las fuerzas vivas del hombre. Esta falta de actividad ha impedido al buddhismo penetrar en el Occidente; es una religion india, oriental; á pesar de sus pretensiones de universalidad, conserva el carácter local, nacional, de todos los cultos de la antigüedad» (1).

Hay parte de verdad en estas críticas; las rechazamos en nombre de la justicia histórica, porque lo que se busca con ellas es exaltar el cristianismo á costa de la *buena ley*: «Una de las señales más marcadas de la grandeza del cristianismo, dicen, es haber producido esas sociedades y esos gobiernos libres que marchan cada dia, á la vista de la historia, y acompañados de sus aplausos, en busca de nuevos progresos y de nueva perfeccion» (2). Esta glorificacion del cristianismo es una preocupacion que la historia desmiente á cada momento. Porque la civilizacion sea progresiva en los países en que reina el cristianismo, ¿quiere esto decir que el progreso es debido á la religion? Hay, ademas del cristianismo, otros muchos elementos en la civilizacion moderna, y cada cual tiene su influencia respectiva. Ahora bien; precisamente el cristianismo no ha tenido la influencia que se le atribuye; se le atribuye el espíritu de libertad que caracteriza á las sociedades europeas, y siempre ha carecido de espíritu de libertad. Es una religion del otro mundo; no se toma interes por la vida política, porque su patria está en el cielo. Acepta, santifica la esclavitud; con-

(1) Hemos resumido las críticas de B. SAINT-HILAIRE en el *Journal des Savants*, 1855, p. 120; de NÉVE en la *Revue de Flandre*, t. I, p. 539, s., y las nuevas en la primera edicion de esta obra, p. 199, s.

(2) B. SAINT-HILAIRE dice que la Biblia es el libro de los pueblos libres (*Journal des Savants*, 1860, p. 468, nota 2).

sagra el derecho divino de los emperadores y de los reyes; se entiende perfectamente con el despotismo de Bizancio. Cuando en la Edad Media apunta la libertad en los municipios, encuentra á la Iglesia como adversario decidido. Si parece que el Pontificado se interesa por la libertad, es porque le mueve el interés de su poder; cuando obra según sus inspiraciones propias, lanza sus rayos contra los pueblos temerarios que se atreven á limitar el poder de los reyes. En los tiempos modernos, y hasta en nuestros días, hemos visto al cristianismo tan pronto enarbolar la bandera de la república, como humillarse ante la fuerza. Él mismo se gloria de aceptar todos los sistemas de gobierno; tan cierto es que la libertad le es indiferente. ¿Quién nos ha dado el espíritu de libertad que distingue á la civilización europea? Los Germanos y no la Biblia (1). ¿Quién ha regenerado el mundo romano? Los Germanos y no el Evangelio. Por lo ménos, el Evangelio sin los Germanos hubiera sido impotente. El Bajo-Imperio, en el cual no penetraron los Germanos, siguió vegetando en la decrepitud más ignoble á pesar del cristianismo.

Si es cierto que el buddhismo está manchado por el vicio radical de todas las doctrinas indias, si no ha podido penetrar en el mundo occidental, también el cristianismo ha sido impotente hasta hoy para transformar el Oriente. Las misiones han fracasado hasta tal punto, que un escritor inglés ha podido decir «que ni un solo Indio se había convertido sinceramente á la fe cristiana» (2). Dudando de la fuerza del Evangelio, algunos indianistas distinguidos no han vacilado en declarar que acaso la *buena ley* sería más á propósito para regenerar la India (3). En vista de estos hechos, evitemos las acusaciones y las críticas, y, sin dejar de deplorar la impotencia actual de las religiones, confiemos en el porvenir, porque lo contrario sería negar la Providencia. Pero la decadencia actual del buddhismo no debe impedirnos el reconocer los servicios que en tiempos pasados ha prestado á la humanidad. Aún cuando no hubiera hecho más que introducir en el Oriente la

(1) Véase la nota anterior.

(2) MONTGOMERY MARTIN, *The political, commercial and financial condition of the Anglo Indian Empire in 1832*, p. 194.

(3) BENFEY, en la *Encyclopédie d'Ersch*, II, p. 158.

idea de igualdad, deberíamos ver en esto un inmenso progreso hácia una organización social mejor para todo un mundo que hasta ahora ha gemido bajo el régimen de la desigualdad. Si no ha transformado por completo los pueblos adonde lo ha llevado el celo de los misioneros, por lo ménos los ha sacado de la barbarie primitiva (1). El buddhismo ha sido un lazo entre pueblos que estaban separados por las distancias y divididos por los odios (2). Ha contribuido, pues, en el Oriente, lo mismo que el cristianismo en el resto del mundo, á preparar la unidad del género humano.

(1) KLAPROTH, *Journal Asiatique*, 1.^a serie, t. IV, p. 9: «Ninguna religión, excepto la de Jesucristo, ha contribuido tanto como la de Buddha á hacer mejores á los hombres.»—Compárese W. VON HUMBOLDT, *Ueber die Kawi Sprache auf der Insel Java*, p. 95, 96.

(2) LASSEN, t. II, p. 442, 443.